

camino, era que un amigo mío de Guadalajara me había dado una carta de recomendación para un mestizo, conocido suyo, que actuaba como escribano en el pueblo de San Andrés Coamiata. Me habían dicho que el mencionado individuo se hallaba temporalmente ausente, en cuyo caso quedaría yo á merced de indios desconocidos.

Lo aventurado del proyecto me hizo considerar que quizás sería preferible dar un gran rodeo por la ciudad de Mezquitic para pedir ayuda á las autoridades, y entrar en el territorio huichol por el oriente, pasando por Santa Catarina; pero á este plan se opusieron mis arrieros diciéndome que no podrían estar de regreso antes de las aguas para atender á sus siembras. Me arriesgué finalmente á dirigirme á San Andrés, con la intención de volverme por Mezquitic en caso de no encontrar á Don Zeferino. Dos días después, tras una laboriosa subida, mandé á mi fletero principal que se adelantara á San Andrés, todavía á ocho millas de distancia. ¡Cuán montañosa la región que nos rodeaba! Sobrábale razón al padre jesuíta Ortega, cuando dijo de la Sierra del Nayar: “. . . Es tan sañuda y horrorosa á la vista, que aun más que á las aljavas de sus defensores tan guerreros asustó á los principios los alientos de sus conquistadores; porque no solo parecen sus quiebras inaccesibles á los pasos, pero aun á los ojos embarazan su dilatada esfera los empinados cerros y picachos, que se encumbran de suerte, que no es posible andar por aquel terreno, sin que, ó lo quebrado del camino maltrate las caballerías, ó lo precipitado de las laderas asuste á los ginetes.”

Volvió mi mensajero á los dos días, diciéndome que Don Zeferino estaba en su casa y se ponía á mi disposición. Entretanto había comenzado á llover; mis hombres se mostraban ansiosos por volverse á su valle, y yo me dirigí á San Andrés.

FIN DEL TOMO I.

PLANCHA I.

PLATE I.







b



a

*J. Cronau.*









